quinientos e tres (1).—De vra. alteza muy humil y obediente hijo que sus reales manos besa.—El Príncipe.»

Entretanto aproximábase á Saboya el Rey de Romanos, á fin de celebrar una entrevista con el de Francia, que con grandes ansias procuraba su hijo D. Felipe.

Cuando de parte de este se notificó al Gran Capitán la concordia establecida, contestó, avisado ya por el Rey Católico, que no se podía cumplir aquel mandamiento sin que primero el Rey, su señor, fuese bien informado del estado en que se hallaban las cosas del reino de Nápoles. No solo no quiso obedecer la carta del Príncipe, ni dió crédito á ella, sino que dijo que él sabía bien lo que debía hacer y que él mismo iría á dar la respuesta al Duque de Nemurs. Así, pues, prosiguió la guerra más furiosamente que antes, y derrotó por completo á este Duque, general de los franceses, que murió en la batalla llamada de Cerinola.

A pesar de ser el Rey de Romanos muy vario é inconstante en sus alianzas y empresas, todavía entendíase el rey D. Fernando con él mejor que con el Archiduque. Propusiéronse ambos hacer de manera que fuera este á Alemania para sustraerle de la funesta influencia francesa y que residiese algún tiempo con su padre; con tanto más motivo cuanto que habiendo estado ocho meses en casa de su enemigo el Rey de Francia, no sería razón esquivarse de estar en la de su padre (2). Todo fué en vano, porque más atento

(1) Lo que sigue de mano del Príncipe.—Bib. de la Real Acad. de la Hist. A. 11, fol. 375.

(2) Para tratar de este asunto envió el Rey Católico al emperador Maximiliano al Comendador de Haro. Hé aquí la carta de creencia:

«Muy alto e muy poderoso príncipe Maximiliano, por la gracia de Dios Rey de los Romanos, semper augusto, nuestro muy caro e muy amado hermano. Nos el Rey e la Reyna de Castilla, de Leon, de Aragon, de Sicilia, de Granada, etc., vos embiamos mucho á saludar como aquel que mucho amamos y preciamos y para quien querriamos que Dios diese tanta vida, salud y honra quanta vos mismo deseays. Porque don Juan Manuel, nuestro enbaxador, que con vos está, como sabeys, ha mucho tiempo que está allá y tiene necesidad de venir á visitar su muger y casa, le habemos dado licencia para que venga á su casa, y embiamos á mandar á Gutierre Gomez de Fuensalida, comendador de Haro, que solia estar allá y era ydo á Flandes por nuestro mandado, que vaya luego á vos é como embaxador nuestro resida en vuestra Corte, al qual escreuimos que vos hable de nuestra parte algunas cosas que él dirá. Afectuosamente vos rogamos le dedes entera fe y creencia como á nuestras mismas personas. Muy alto e muy poderoso príncipe nuestro muy caro e muy amado hermano, nues-

á sus privados y consejeros que á su padre y suegro, no llegaron estos á ver conseguido su razonable y justo deseo, sino en cortísimo tiempo y como mera fórmula.

IV.

Retrocedamos ahora un poco y volvamos la vista á la princesa Doña Juana. Profunda pena causó en esta amantísima esposa la separación de su marido, sin cuya presencia no tenía tranquilidad y alegría.

Al principio, no le fué muy difícil á la Reina su madre, á cuyo lado quedó, convencerla de la imposibilidad de seguir á D. Felipe en razón á hallarse embarazada. Aunque triste y retraída pasó los meses que la faltaron hasta dar á luz con relativo sosiego y paciencia. En Alcalá de Henares parió al infante D. Fernando en 10 de Marzo de 1502, celebrándose con extraordinarios regocijos tan fausto suceso (1).

Tuvo noticia del nacimiento de su hijo D. Fernando el Archiduque el 16 de dicho mes antes de llegar á Lyon. Bautizó al Infante en la iglesia mayor de San Justo el Arzobispo de Toledo con toda solemnidad asistido de los Obispos de Burgos, Jaén,

tro Señor todos tiempos vos aya en su especial guarda e recomienda. Escripta á... (en blanco) dias del mes de junio de 1503 años.—Yo el Rey.»—Copia de la original. Biblioteca de la Real Acad. de la Hist. A. 11, fol. 379.

(1) El domingo siguiente se verificó el bautizo.

Sandoval en su Historia del Emperador Carlos V (Tomo I—libro I) trae una extensa relación de esta ceremonia y de los festejos que con este motivo hubo. Predicó el Obispo de Málaga «y todo el sermon fue de alegrias y de alabanzas de la Princesa nuestra señora, alabandola sobre todas las cosas de Cristianísima y que por esto la habia dado Dios tanta gracia, contando su vida desde su niñez, y de allí cómo y quan honradamente la enviaron á Flandes con armada que nunca sobre las aguas del mar semejante vieron los hombres; y despues cómo Dios la deparó un marido tal y tan á su contentamiento que nunca semejante se vido; y despues cómo Dios le ha dado tales hijos; y sobre todo por ser, como es, cristianísima ha permitido Dios con ella que no reciba dolor en su parto; y asi estando riyendo y burlandose, entre juego y burla pare, cuando no se acatan, sin más pasion ni tribulacion; y de otras cosas muchas la alabó, diciendo que si hubiese de contar sus excelencias no acabaria en cincuenta años con sus noches.»—Crió al infante Don Fernando, María de la Concha, á la que el Rey Católico concedió andando el tiempo muchas mercedes.—(Acad. de la Hist.—K—4.)

Córdoba, Málaga y Catania; fueron padrinos el Duque de Nájera y el marqués de Villena y madrina madama de Aloyn. Comenzó despues la Princesa á insistir con mucha porfia en poner en orden su partida para irse á Flandes por tierra ó por mar, y la Reina la iba entreteniendo con diversos pretextos y halagos. De Alcalá la llevó á Segovia con la idea de que desde esta ciudad era mas fácil enderezar su viaje á Laredo donde debia embarcarse.

Como la guerra se fué encendiendo más y más en el reino entre Españoles y Franceses hubo ocasión para detener á la Princesa, y estando la Reina en Segovia fué á Valverde con determinación de despedirse. Vista su importunidad y que no era tiempo para que se pudiese poner en el mar, por ser en lo más crudo del invierno, díjola la Reina por contestarla que le placía fuese embarcada haciendo tiempo á propósito para ello, y procuró que de Segovia se fuese á Medina del Campo. Detúvose la Reina por enfermedad en aquella ciudad; y como siempre se entendió que su designio era hacer su camino por Francia y estando cerca de la costa del mar no pudieran detener su partida, entretuviéronla lo mejor posible hasta que llegaron nuevas de la victoria que el Rey Católico tuvo de los Franceses y de haberse levantado el sitio de Salsas. Pedía este monarca continuamente noticias de la salud de la Reina y del estado de ánimo de su hija la Princesa, y los médicos de Cámara acordaron escribirle la carta á continuación inserta, que es del mayor interés histórico:

«Muy alto, muy poderoso príncipe Rey e señor:

»Desque á v. al. escreuimos el açidente que á la Reyna n. s. vyno y en cómo con la sangria su al. sintió manifiesta mejoria, lo que despues ha sucedido es, que aquella mejoria continuó en todo, y parescionos que avia necesidad de purgar por muchas señales de repleçion que avia; lo qual se hizo domingo xviii de Junio con sola cañafístola, y su al. purgó maravillosamente en quantidad y en qualidad, mas no que la calentura y dolores fuesen del todo tirados, puesto que hubo mucha ventaja. Ayer lunes su al. fue ver á la Sra. Princesa, y dice que quando fue e algo antes, sintió su al. alguna más mudança que otros dias; y quando su al. bolvió vino tal que las personas que vieron á su al. se espantaron de la gran mudança en el color y figura que traya. Sucedió buen frio

que duró quasi quatro horas y con buena calentura; plugo á Dios que sobrevino á las çinco un sudor copioso, el qual sufrió su al. quasi hasta las onze de la noche, y con mucha pena, porque su al. sudó vestida lo más del tiempo.

»Quedó su al. muy aliuiada de la calentura, loores á Dios, y quitado un dolor que con el frio del açidente avia venido á su al. en el costado bien resio, cenó poquito cerca de las doce; durmió esta noche mejor que temíamos, y oy así mismo está mejor, loado Dios.

»Crea vra. alteza que es tan grand peligro para la salud de la Reyna n. s. tener la vida que tiene con la señora Princesa, que cada dia tememos estos açidentes, y plega nuestro señor lo haga mejor que lo tememos. Y no se deue vra. alteza desto maravillar, pues la disposicion de la Señora princesa es tal que no solamente á quien tanto va y tanto la quiere deue dar mucha pena, más á qualesquiera aunque fuesen estraños; porque duerme mal, come poco, y á veces no nada, está muy triste y bien flaca. Algunas veces no quiere hablar; de manera que así en esto como en algunas obras que muestran estar trasportada, su enfermedad va muy adelante. Esta cura se suele hazer por amor e ruego, ó por temor. El ruego y persuasion no lo rescibe, antes ninguna cosa quiere tomar; pues por fuerça rescibe tanta alteraçion y algunas veces tanto sentimiento de qualquiera pequeña fuerça que se le haga, que es lástima grande tentarlo, ni creo que nadie la quiera haser ni ose; de manera que sobre los trabajos y cuidados inmensos que su alteza tiene acostumbrados, esto todo carga por menudo sobre la Reyna n. s. Parescionos que de todo es rason dar á vra. al. cuenta por entero, porque en todo conseje y remedie como de su Real prudençia se espera. Y esta carta humildemente á vra. alteza suplicamos la mande luego quemar. Cuya vida y exçelente estado luengos tiempos nuestro señor enxalçe con vida y salud de la Reyna nra. Señora. Amen. De Alcalá, martes xx de Junio á las siete de la tarde. De vuestra Real alteza—sieruos—El doctor Soto—El doctor Julian—El doctor de la Reina» (1).

---

(1) En el sobrescrito: «Al muy alto, muy poderoso príncipe Rey de España nuestro señor.» En otra parte del sobrescrito, de letra del tiempo: «A su alteza.—De los físicos.—xx de Junio de diii.»—Bib. de la R. Acad. de la Hist.—A. 11, fol. 380.

Lo cierto era que la salud de la reina Doña Isabel íbase destruyendo notablemente por los sufrimientos y dolores morales que tantas desgracias y pérdidas de personas queridas le producían, por la conducta reprensible de su yerno, por el estado alarmante de la salud y sobreexcitación de su hija Doña Juana y por tantas otras angustias que acongojaban su bondadoso y noble corazón.

No menos influían en el decaimiento de su salud la constante asiduidad y participación en los urgentes y graves negocios de la gobernación del reino, de que ofrece buena prueba el siguiente párrafo de carta confidencial del secretario Conchillos (que con ella despachaba durante la campaña que el rey D. Fernando sostenía contra los franceses en Salsas) dirigida á Miguel Pérez de Almazán, secretario que acompañaba al Rey Católico.

«La Reyna n. s. queda muy buena de salud, gracias á nuestro Señor, y segund lo que su alteza trabaja certifico á v. m. que tengo por milagro estar tal; y assí Dios me salve que desde el primer día que su al. començó á mejorar, yo siempre tuve por artículo de fe que las cosas de sus Altezas hauian de suceder como han sucedido. Gran cosa es lo que el Rey n. s. y todos los que allá estays deueys á su al. por las muchas y grandes y colmadas prouisiones que su al. ha mandado fazer para allá y lo que ha trabajado y trasnochado y desveladose sobrello, estando tan mal dispuesta de salud como vra. m. sabe... Su alteza querria siempre seguir en todo el parecer del Rey n. s. porque siempre dice que es el meior de todos; y assi quando hay algunas nuevas que se han de escreuir, como fueron las de la huyda de los franceses y otras semeiantes cosas, quisiera su al. que v. m. hubiera enviado el traslado de lo que escribió el Rey n. s. á la ciudad de Çaragoça ó á otras partes sobrello, para usar su al. de las mismas palabras en lo que su al. mandaua escrebir por aquá; y asimismo quisiera su al. saber particularmente todas las nuevas y que v. m. mandasse alguno que me las escribiesse... La Reyna n. s. hauia mandado responder al señor Duque dalua y al S.r duque de najara y al S.r marqués de Villena, y están fechas las respuestas; pero porque *era muy noche quando su al. acabó de escreuir de su*

mano y tambien por la priessa con que partió este correo, no las pudo leuar» (1).

Lo mismo demuestra esta otra carta, dirigida igualmente por Conchillos á Almazán, poco después de la anterior.

«La reyna n. s. queda buena, ahunque muy atribulada y cansada desta señora Princesa, Dios gelo perdone, como v. m. verá por el memorial; y tambien el señor don Enrique escribe largo, que suplirá lo que falta el memorial; y assí en esto no tengo yo más que dezir, sino que lo poco que ha durado, me ha dado peores noches que Salsas. Esta noche estuve muy gran pieça con la Reyna n. s., despues estuuo su al. en conseio con estos caballeros. Yo no estuue dentro, por eso no puedo dezir aquí lo que en él ha passado. Verdad es que la Reyna n. s. me dixo esta noche que las particularidades de lo que passa no son de dezir ni escreuir: esto me dixo sin yo demandarselo.

»...Aquá no pueden creer que la gente es despedida, porque ninguna ha llegado aquá... Y por no detener este correo no pegué ojo esta noche, que á las dos y media, cerca de tres, vió la Reyna el memorial.»

(Post scriptum). «Oluidaua lo meior, y no se marauille, que cierto quedo no bueno de un rezio dolor destomago. Anoche á las tres y cerca de media, quando yo llegaua de palacio, llegó el correo con la buena nueua de la partida del Rey n. s. de Barcelona, que la tengo por tan buena nueva como de la yda de los franceses. En despertando su al. le daré las cartas. No osé volver con ellas, por no despertalla» (2).

Hacía la Reina grande instancia con la princesa Doña Juana para que esperase al Rey su padre, con tanto más motivo cuanto que el tiempo no era conveniente para ponerse en la mar; mas la Princesa y los Flamencos que en su servicio estaban, no mostraron haber recibido gran placer de la victoria, y sabida la nueva de la tregua, en lugar de suspender su viaje, mandó Doña Juana pasar de Fuenterrabía á Bayona unos carros que allí tenía de su recámara, comenzando á poner en orden su marcha.

---

(1) Bib. de la Acad. de la Hist.—A. 9, fol. 16.—Copia de la original.

(2) Copia de la original ológrafa.—Bib. de la Acad. de la Hist.—A. 9, fol. 219.

Recelando Doña Isabel que su hija partiese sin su licencia, envió cierta instrucción á D. Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, que estaba con la Princesa en Medina del Campo y tenía cargo del gobierno de su casa, para que la detuviese «lo más dulce y graciosamente que ser pudiese.» Mas no embargante esto, la Princesa determinó de partirse á mediados de Noviembre. No bastaron á disuadirla de este propósito el Obispo y Pedro de Torres, que fué de parte de la Reina para rogarla que suspendiese su marcha; ni aprovechó blandura ni cuantos medios se emplearon, y como no se halló otro remedio para detenerla, diéronle una carta escrita de mano de la Reina diciéndola que el Rey iba á Segovia y que luego partiría ella para Medina. Dispúsose además que no la llevasen las hacaneas, porque á pesar de lo referido se quería marchar.

Atropellando por todo Doña Juana salió un día á pie hasta la última puerta de la Mota con propósito de irse por donde pudiese, de suerte que no hubo otro remedio sino cerrar las puertas y levantar el puente levadizo. Entonces la Princesa con gran alteración se puso en la barrera, donde estuvo todo aquel día y la noche siguiente, sufriendo el intenso frío que hacía, sin que aprovechasen las amonestaciones y ruegos de su confesor y de madama de Aloyn, que era muy favorecida suya, para que se mudase de aquel lugar, sin permitir siquiera que se colgasen algunos paños que mitigasen el rigor de la temperatura y sin tener respeto á ninguna cosa que tocase á su honor y salud.

Era tal el afán de los cortesanos de D. Felipe por separar á Doña Juana del lado de sus padres, que hasta indujeron al tierno infante D. Carlos á que escribiera al Rey Católico, su abuelo, la siguiente carta:

«Muy poderoso señor: Yo invio á v. alteza a Gamboa, lleuador desta, para saber de su muy Real persona e sus buenas nuevas e á que por mí bese sus muy Reales manos. Plegue á nuestro señor de dar salud á v. al. é á mí para que yo mismo gelas bese; é pues por agora no puede seer, reciba mi buena voluntad e vra. al. me tenga por scusado, e muy humillmente le suplico que de contino me mande fazer saber de su muy Real persona e salud, que no hay cosa en que maior merced reciba; y

porque lo demas le dirá Gamboa, no me detengo, suplicandole quanto humillmente puedo, mande que venga la princesa mi señora, porque el príncipe mi señor se halla muy sólo sin ella, é al infante don Fernando mi amado hermano haya por encomendado: las infantas doña Leonor e doña Isabel mis hermanas, adios gracias, estan con salud é besan más de mill veces las muy Reales manos de v. al. Perdone v. al. la descortesia que no le scriuo de mi mano; cuya vida e muy Real stado nuestro señor por luengos tiempos prospere y ensalce como su Real coraçon desea. De brusellas a (en claro) de henero de quinientos e quoatro.—De v. al. muy humill e ouediente nieto é servidor que sus muy reales manos beso.—*Carlos*» (1).

Estaba en esta sazón la Reina en Segovia muy enferma, y por esta causa difería su partida. Envió á D. Enrique Enríquez, su tío, para aplacar á la Princesa y para persuadirla que se subiese al castillo y se saliese de una cocina en que se hallaba junto á la barrera, donde se había metido, en la que comía y dormía. Con el mismo objeto envió la Reina también al Arzobispo de Toledo, pero á pesar de tantos ruegos no se pudo conseguir que subiese á su aposento, y así andaba de día por la barrera y recogíase á comer y dormir en aquella estancia.

Teniendo de esto aviso la Reina, partió aun muy doliente, á gran prisa para Medina. No quiso ir á la Mota, sino fuese á apear á palacio, de donde fué lo más sola que pudo; y por el gran respeto que la Princesa siempre tuvo á su madre, se subió con ella á su aposento (2).

---

(1) El nombre de mano propia.—Bib. de la Acad. de la Hist.—A. 10, fol. 42.

(2) Lorenzo de Padilla refiere este pasaje con algunas variantes curiosas, que conviene tener presentes. Dice así:

«Como la Princesa quería tanto á su marido, perdida la esperanza de que la Reina no le daría licencia, se determinó de ir á Flandes. Y estando aposentada en la Mota de Medina, mandó aderezar su casa para irse; y cuando la Reina lo supo, ya llevaban las mulas y mandólas detener, y envió á D. Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, á hablar á su hija, advirtiendole que si la viese determinada que no la dejase salir. Cuando el Obispo llegó, ya la Princesa estaba á la puerta de la fortaleza, que salía. Suplicóla que se volviese á su aposento y no se fuese sin licencia de la Reina su madre; mas por mucho que la importunó y suplicó no pudo acabar con la Princesa que se volviese á entrar, obstinandose ella en que habia de salir. En su consecuencia el Obispo mandó cerrar la puerta de fuera de la fortaleza, sobre lo cual la Princesa le